

LENGUAJE SEXISTA

- Hay un empeño de moda que considera sexista el uso del **masculino** con valor de **término no marcado** (es decir, como término inclusivo, a la vez masculino y femenino), pero este uso tiene más que ver con la **ley de economía del lenguaje** enunciada por **Martinet** que con marginación alguna de las féminas. Cuando decimos que *El hombre es un animal racional*, incluimos naturalmente a la mujer. No hay en ello afán de marginación, pues si lo aceptáramos en este ejemplo, deberíamos aceptarlo cuando usamos el **singular** con valor de **plural**. Por ejemplo, si decimos que *El ser humano es mortal*, evidentemente no nos referimos a uno en concreto, sino a todos los seres humanos. No podemos defender aquí que se usa el singular para esconder el plural, no cabría hacer teorías acerca del egoísmo burgués frente al protagonismo colectivo de la historia, a menos que queramos caer en el ridículo. Del mismo modo, no cabe defender que citar el masculino con valor no marcado sea una forma de excluir lo femenino.
- Sin embargo, sí que hay un terreno abonado para el **sexismo**, más en el ámbito de la **semántica** que en el de la **sintaxis**. Es el terreno de las **definiciones** y, por tanto, el de los **diccionarios**. Allí se perciben perfectamente los **estereotipos** en los que están atrapadas las sociedades. La semántica tiene que ver con la dimensión mental, ideológica de las personas; sin embargo, la sintaxis pertenece al sistema, es álgebra o modo organizativo, aunque también sea en cierta forma ideología (pero de una manera más indirecta o velada, nunca tan explícita como la semántica).

Léanse sino estas páginas del libro de **Álex Grijelmo**, *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Taurus, 1998:

Microsoft y el español

“Sin embargo, esto no suele preocupar a cuantos andan envueltos por los *bytes* y los *megas* y se limitan a comerciar con sus resultados independientemente de su contenido.

Nadie puede extrañarse, entonces, de que el diccionario informático que los programas de *Microsoft* nos proponen a los hispanohablantes sea un desastre sin paliativos. Para estos genios de los sinónimos, ser “pobre” implica sentirse “infeliz”, “triste” o “miserable”, “castellano” equivale a “señor”, “barón”, “hidalgo”, “caballero” y “amo”, mientras que el término “andaluz” puede sustituirse por “cañí”, “agitanado”, “gitano”, “flamenco” y “calé”. Un “hombre” es un “ser humano”, pero una mujer no goza de tal categoría y ha de conformarse con los sinónimos “señorita”, “doncella”, “venus” y “eva”. Los equivalentes que el programa ofrece para la palabra “homosexual” incluyen “invertido”, “pederasta” o “desviado”; y en la entrada “lesbiana” se aportan “pervertida” y “viciosa”. Siguiendo con insensateces, “mestizo” se equipara a “bastardo”, “blanco” tiene como sinónimo “inmaculado”, pero “indígena” ha de penar con “salvaje”, “nativo”, “aborigen”, “bárbaro”, “antropófago”, “caníbal”, “cafre”, “indio” y “beduino”. Un occidental queda retratado como “europeo”, “ario”, “blanco”, “civilizado” y “culto”, mientras que el oriental es simplemente “asiático”, “amarillo” o “chino”.

“Los términos empleados en los diccionarios de sinónimos que se incluyen en los programas de ordenador no valen muchas veces ni como pista”, denunció en el congreso de Zacatecas el español José Antonio Millán, una *rara avis* que domina la informática y el buen lenguaje, colaborador del Instituto Cervantes y creador de la interesantísima Página Virtual de este organismo español.

A raíz de un reportaje publicado en *El País* el 26 de mayo de 1996 por su redactor Armando Neira —colombiano, por cierto—, que incluía los desatinos y racismos referidos,

Microsoft anunció que introduciría modificaciones. Pero sus diccionarios siguen presentando inconveniencias hirientes. Por ejemplo, quien disponga de un procesador de textos Word puede hacer la prueba: tras pasar por herramientas + sinónimos, búsqese la palabra “ansioso” y aparecerán estos equivalentes: “codicioso”, “anhelante”, “afanoso”, “ambicioso”, “avaro”, “caprichoso”, “intranquilo”, “preocupado”, “aspirante”, “suspirante”, “ávido”, “apetente”, “esperanzado”, “deseoso”, “glotón” y “egoísta”. Pero si el usuario busca la palabra “ansiosa”, hallará esta respuesta: “ninfómana”, “ninfomaniaca”, “lujuriosa”, “ávida sexual”.

Lo denunciaba Francisco Javier Carravilla Amores en una carta al director publicada por *El País* el 28 de junio de 1998, y la comprobación da efectivamente ese resultado. Pero aún se pueden buscar más ejemplos, como reflejó Caridad Cano en otra carta al mismo periódico, publicada el 13 de septiembre siguiente. Esta lectora buscó los equivalentes de “astuto” y halló “sagaz”, “calculador”, y “artificio” (?). Pero “astuta” lleva como sinónimos “pécora”, “malvada” y, nuevamente, “viciosa”. No repuesta del susto, continuó con “seductor”, palabra que en masculino equivale a “fascinante”, “atractivo”, “atrayente”, pero que en femenino se transfigura en “casquivana”, “infiel” y “engañosa”.

También muestran evidencias sexistas adjetivos como “liviano”, “frívolo”, “coqueto”, “vanidoso”, “presumido”, “ligero”, “veleidoso”, “fatuoso”, “ufano”, “disipado”, “engañoso”, “engatusador” y “camelador”.

Con las aclaraciones posteriores de la empresa de Bill Gates supimos que tales diccionarios se elaboran ¡en Irlanda del Norte!, eso sí: con la participación de dos personas “de origen español”.

Lo curioso es que *Microsoft* hace todo un panegírico de nuestro idioma en sus manuales para el usuario. Y dice así:

“Al terminar el siglo XX habrá en el mundo cerca de 500 millones de personas que tendrán el español (o castellano) como lengua materna. Esta expansión se verá, sin embargo, envuelta en numerosas dificultades y conflictos idiomáticos. Algunos de los peligros que acosan al español son: el influjo del inglés, el mal uso que del mismo hacen los medios de comunicación y, quizá el más importante y relacionado con el primero, los vacíos existentes en el vocabulario técnico. [...] Hagamos entre todos del español una lengua universal, tratando de aunar esfuerzos con el objetivo de evitar, en la medida de lo posible, por una parte ese vacío en el vocabulario técnico y por otra el surgimiento y adopción de nuevos términos en inglés sin su correspondiente adaptación al español. Somos 300 millones de hablantes que compartimos la misma lengua y todos tenemos que sentirnos orgullosos y responsables de ella”.

Sean bienvenidas estas buenas intenciones, pero a ser posible, por favor, que lleguen acompañadas de los hechos, empezando por los propios mensajes que muestra la pantalla cuando el programa se comunica con el usuario, llenos de barbaridades y de palabras incomprensibles. Mal puede defender la cultura de los hispanohablantes quien no sabe la diferente extensión de campo semántico que separa a “ninfómana” de “ansiosa”. (pp. 180-182)

Machismo en el Diccionario de la R.A.E.

“Y de todos los hablantes del español, a buen seguro que cerca del 50 por ciento son mujeres. El *Diccionario* las ha marginado durante años, reflejando así la situación machista de la sociedad. Hoy en día ya no se pueden mantener, sin embargo, muchas de las definiciones del léxico oficial. Por ejemplo, la entrada “gozar” incluye entre sus acepciones: “conocer carnalmente a una mujer”, sin que se añada en lugar alguno que también puede gozar la mujer al conocer carnalmente a un hombre. Y el sexo femenino se asocia con “endebled” mientras que al masculino se le asigna “enérgico”, como si no pudieran invertirse tales correspondencias y no existieran muchas mujeres enérgicas y muchos hombres endebles, calificativos que pueden merecer las personas independientemente de su sexo. Además, “sacar a bailar” es lo que hace un hombre con una mujer, y no al revés. Un “comadrón” es un “cirujano que asiste a la mujer en el acto del parto”, pero una “comadrona” es una “partera” (que se define a su vez así: “mujer que, sin tener estudios o titulación, ayuda o asiste a la parturienta”).

Un completo estudio sobre estas cuestiones fue publicado en septiembre de 1998 por el Instituto de la Mujer española. Ahí se pueden observar muchas discriminaciones léxicas, ingentes argumentos insoslayables; pero algunas definiciones, aun con su censurable sesgo machista, no se pueden eliminar del *Diccionario*, por la sencilla razón de que esos significados guardaron durante siglos, y así se han reflejado en la literatura. La palabra “jueza” equivalía en el

mundo rural a “la mujer del juez”; y “alcaldesa”, a “la mujer del alcalde”... Cualquier español o extranjero que hallase esas voces en *La lozana andaluza* o el *Lazarillo de Tormes* tendría derecho a que el *Diccionario* le explicara que también guardaron ese sentido. Lo cual no significa que se deba desdeñar el nuevo, concebido ya conforme al pensamiento de la sociedad actual.

El *Diccionario* no juzga la historia, sólo la refleja. El mero hecho de que no gusten algunas definiciones no nos autoriza a desterrarlas, como un periodista no podrá omitir la existencia de Augusto Pinochet aunque le desagraden sus vómitos logorreicos.” (pp. 269-270)